

## ERRANTE

El sueño me invadía, había sido un día agotador, así, que dejé el libro que tenía entre manos sobre la mesilla de noche y apagué la luz.

Apenas me había acomodado para dormir, en el momento crítico que hay entre vigilia y sueño, en ese punto que se ha dado en llamar "de trance", cuando llegó hasta mis oídos el sonido del timbre de la puerta. ¿O tal vez fue el del teléfono?. En cualquier caso, ¿quién podía ser a aquellas intempestivas horas de la noche?.

Hice caso omiso de la llamada, arrebujándome bajo las sábanas, pero la insistencia del timbre era tanta que me incorporé en un intento de levantarme.

De pronto, hasta mi nuca llegó un aire fresco que me hizo estremecer. Me volví extrañado, allí a mis espaldas no había ventana alguna sino que quedaba frente a mí.

En un instante, la habitación se llenó de un ambiente gélido que hizo que los brazos y piernas se me entumecieran. Mi cara, al tacto, parecía una mole de granito o de mármol frío. La ventana sin embargo seguía cerrada.

Mi atención visual quedó concentrada en el armario, allí donde estaba ubicada la cerradura de la puerta. La forma de su ojo parecía agrandarse por momentos, tal fue su deformación, que adquirió el aspecto de una gran boca, cuyo fondo era imposible de precisar donde acababa.

No sentía el contacto de mi cuerpo con las sábanas, ni el de mi cabeza con la almohada. Ahora, sabía que me encontraba flotando en el reducido espacio de mi habitación. Avanzaba muy despacio hacia el tenebroso túnel en forma de boca. Una vez en él, mi cuerpo adquirió una velocidad endiablada. Tuve la sensación de ir subido en la montaña rusa de un parque de atracciones.

A lo largo del recorrido aparecían y desaparecían las caras de gente conocida, todos ellos, ahora muertos. Empecé a escuchar el sonido de una música que en aquellos momentos se me antojó celestial. Frente a mí, pude ver la figura de un monje portando una campanilla, con la otra mano hacia un gesto ostensible de que le siguiera.

Más adelante empezó a surgir una luz, al principio débil, pero poco a poco se iba haciendo más brillante. Cada vez estaba más cerca de aquella luz. En un acto reflejo cerré los ojos esperando lo peor. A pesar de todo, mi ser rebosaba felicidad, como si todo aquello que me estaba ocurriendo fuese un premio del cielo. Abrí los ojos y pude darme cuenta de que ya no estaba en el túnel oscuro, había salido. Sentí un gran alivio de quietud. Miré hacia abajo, y comprobé que me hallaba en una habitación donde, el cuerpo de una mujer, reposaba en la cama. Allí, a pocos metros de mí.

Noté como mi cuerpo perdía peso y desafiaba las leyes de la gravedad, en una lenta y progresiva caída comparada a la de una pluma.

Ahora, sabía que estaba tumbado sobre una cama ajena, y que el cuerpo en el cual me encontraba, no me pertenecía.

A la mañana siguiente encontraron el cuerpo de Emilio aparentemente sin vida. Nadie podía explicarse una muerte tan repentina, cuando hacía menos de 24 horas, le habían visto en perfecto estado físico y de salud.

Sus familiares hicieron los trámites oportunos para el entierro y dos días después de su supuesta muerte ya se encontraba en el cementerio del pueblo.

Me levanté a las 10 a.m. con un sueño de mil demonios, el trabajo del día anterior había sido pesadísimo, hoy gracias a Dios era domingo.

Con paso cansino y medio adormilada entré en el cuarto de baño. Mesé mis cabellos delante del espejo y comprobé que tenía unas ojeras tremendas. Abrí el armarito, y sin saber porqué, tomé una maquinilla de afeitar de mi marido(él estaba ausente por causas de su trabajo), la pasé sobre mi cara. Nada quedó prendido en sus hojas. ¿Cómo era posible que ningún rastro de pelo hubiera quedado allí?. Por otra parte ¿qué me impulsó a coger la maquinilla?, pues no recordaba haberla usado nunca.

Me puse la bata y encendí la chimenea. Recogí el periódico que sin duda había dejado la portera junto a mi puerta y al lado del confortable fuego me dispuse a leer las noticias del día.

Desde hace un tiempo, me siento atraída por el físico de las mujeres. Soy indiferente a la mirada provocativa de un hombre y me indignan sus piropos y halagos.

En la agencia de viajes donde trabajo pude darme cuenta de éste terrible presagio.

Mi compañera Julia se encontraba sentada a mi lado como cada día. De pronto sentí la necesidad de mirarla. Me recreé en la perfección de su cuerpo. Mis ojos recorrían con detenimiento cada una de sus partes corporales. Me gustaba la postura de sus manos y el movimiento discreto de sus caderas al andar. Me atraía sobremanera su pelo, aquel pelo ondulado e indefinido, y sobre todo, me excitaba su boca. Los deseos de acercarme y besarla se desvanecieron al ver entrar a su novio, que todos los días, como en él era habitual, venía a recogerla a la hora de salir.

-¡Adiós! Ana,- dijo esbozando una sonrisa- nos vemos mañana.

Con el tiempo, mi círculo de amistades se vio ampliamente reducido. Entre unos acontecimientos y otros y por mi forma extrovertida de actuar con los hombres, las habladurías trajeron fundadas sospechas en torno a mí.

Hoy, he vuelto a mi casa después de la jornada laboral. Ahora son las 11 de la noche. Caigo rendida en el sofá y me quedo mirando el calendario que está enfrente.

En día 18 de marzo, se halla rodeado de un círculo. Recuerdo esta fecha

señalada como el día de vuelta de mi marido después de cumplir su trabajo fuera de la ciudad.

Lo peor es que hoy es ese día, él vuelve. No tengo más remedio que huir antes de que regrese. Entro en mi habitación para hacer las maletas. Cojo lo imprescindible y la cartilla del banco, pues, sobre todo necesitare dinero. No me da tiempo a más, oigo girar la llave de la puerta sobre la cerradura. La puerta se ha abierto deja paso a una siniestra figura que avanza con paso seguro por el pasillo. Se esta acercando, puedo oír sus pasos, dirigiéndose hacia nuestro dormitorio. Me encuentro esperándole en la cama.

Fingiré dormir, y para cuando él despierte, ya estaré lejos.

Siento su cuerpo yacer sobre la cama y acurrucarse junto al mío. Una tremenda angustia embarga mi ser. Sin más, empieza a besar mis mejillas, lo hace con dulzura pero solo siento repugnancia. El calor de sus labios crispa mis nervios que se intensifica con el roce de sus manos. No aguanto más, así que, me incorporo de la cama.

-¡Déjame en paz!-. El grito de mi voz hace eco en las cuatro paredes de la estancia y parece amplificarse por momentos. Él me mira extrañado, no dice nada, puedo contemplar su cara esbozando un gesto de asombro e incomprensión.

Me desplomo sobre la almohada irrumpiendo en llantos de profunda agonía. Mi cuerpo se agita entre tremendos estertores y el corazón me late desmesuradamente.

Algo de esencia inmaterial, golpea mi pecho tratando de hacerlo estallar, y ahora salgo impelido al exterior en forma de una densa niebla de color blanquecino. Como un torbellino me precipito hacia la ventana y en un instante quedo sumergido en las tenebrosas profundidades del firmamento.

Él no tarda en comprender lo ocurrido y posando la mano sobre la frente de su mujer, cuya piel se encuentra fría como el hielo, su boca abierta al horror de la muerte, muestra unos dientes ennegrecidos. Los globos oculares saltones aparecen impregnados de las últimas lágrimas petrificadas ahora sobre sus mejillas en cruel dilatación.

Los primeros vientos del invierno, componían un sinfín de gélidos lamentos, y parecían querer filtrarse entre infrahumanos siseos por las carcomidas y resquebrajadas lápidas del cementerio.

Una fila de gigantescos cipreses parecía perderse en el infinito de un siniestro lugar.

El viento arrancaba de sus ramas vibraciones insufribles, componiendo una melodía de lúgubre y aterradora desolación. Las hojas revoloteaban sin rumbo, y de vez en cuando, producían al roce con las tumbas un sonido semejante a los arañazos de una fiera en cautividad. La luna desprendía un halo de lechosa fosforescencia. Su pálida luz se perdía en el interior de cualquier pútrida fosa que permanecían con su enorme boca abierta, en espera que se la sellaran, después de haber engullido los restos mortales que le correspondían en suerte.

Como una mancha blanquecina en forma de niebla, se recorta mi figura difusamente sobre las tapias. Avanzo lentamente, en busca de algo que me pertenece. Una fuerza irresistible me lleva hasta allí. Ahora me filtro por la hendidura de una lápida, sintiendo la seguridad de lo que allí voy a encontrar. Siento como si mi cuerpo hubiese vuelto a la vida, pero en un mundo diferente. Se ha perdido por completo ese intenso vacío que tanto tiempo ha permanecido en mi ser.

La oscuridad reinaba en aquel estrecho lugar de finas paredes y aterciopelado tacto.

Me revolví como una fiera salvaje al comprender la situación y emití un alarido cavernoso que laceró mis oídos. La respiración se hizo entrecortada y el latir del corazón parecía el galope de un caballo desbocado.

En breves instantes, debido a mi desesperación, agoté el aire almacenado en el cubículo. La temperatura subió vertiginosamente y mi cuerpo adquirió la sensación de una antorcha encendida en las mismísimas entrañas. Mis manos rasgaron el acolchado en un tris de locura desenfrenada y me produjo innumerables arañazos en el rostro. Me clavé las uñas en el cuello supurando un líquido viscoso y sanguinolento. Los labios y la lengua, reseca, se agitaban convulsivamente en la tentativa de gritar. Mi boca se torció y quedó en un inverosímil desencajamiento.

Unos hilillos de sangre afloraron a través de la comisura de los labios. Los ojos se salieron de sus órbitas. Los esfínteres se aflojaron quedando inundado en mis propios excrementos. Los brazos y piernas se dislocaron a la vez que sentí un dolor agudísimo en el pecho y mis manos se aferraron a la sangrante tráquea un segundo antes que mi último hálito de vida se evadiese por completo.

Tuve la sensación de que unas manos gigantescas alzaban mi cuerpo al exterior. En un momento me encontré flotando por encima de lo que se me antojó un bello paisaje, después de la horrenda destrucción de mi ente físico.

La paz y tranquilidad reinaba en la amplitud de aquel recinto del campo santo. Los grillos habían cesado de cantar. El viento había amainado.

Sentí como si fuese transportado a través de un gran tubo de blanca y nítida transparencia. En breves instantes fui absorbido a las profundidades del firmamento, de donde surgió un vivo resplandor que iluminó brevemente la tierra muerta, mostrándome una visión de su uniforme soledad. La luz de las estrellas se hizo más intensa a medida que ascendía. Mientras, perdía poco a poco de vista la forma de la tierra, la cuál tan solo era ya un punto insignificante en la lejanía.

Ahora, tuve consciencia de la libertad con que había sido premiado y me encontré como parte integrante de "EL TODO".